

Día de la ira, aquel día  
en que mi palmera se reduzca a migajas;  
como testigos mis ojos de fuego.  
¡Cuánto mal humor habrá en el futuro  
cuando Susana venga  
a comerse todo lo existente!  
Su risa bribona, esparciendo un sonido catastrófico  
por los almuerzos de toda la clase,  
reunirá a todos ante su boca.  
Su hambriento estómago se asombrará,  
cuando un alma misericordiosa  
entregue a Susana una pizca de gominola.  
Así, cuando ella la devore a mordiscos  
lo escondido se mostrará  
y por nada cerrará su hocico.  
¿Cómo actuaré yo entonces, pobre de mí?  
¿A qué excusa recurriré  
cuando ruegue un bocado de mi tentempié?  
Cabeza tremendamente loca,  
tu qué tienes maravillosas ocurrencias,  
sálvame de mi bondad.  
Acuérdate, amable Andrea  
de que la comida es la causa de tu existencia;  
no la ofrezcas en este día.  
Evitándola, huiré hasta el cansancio  
sufriré por ignorar sus lamentos  
no sean vanos mis intentos.  
Justicia y venganza  
concededme la brillantez de rechazar sus peticiones  
antes de que hunda los dientes en el denso chocolate.  
Grito, en intento de alejar a Susana;  
el remordimiento evade mi rostro.  
Perdona, amiga mía, a esta pecadora.  
Tú, que me ofreciste agua cuando tenía sed  
y escuchaste mis penurias de estudiante,  
me diste a mí esperanza también.  
Mi repugnancia no es digna,  
pero tú, al ser picaruela, actúa con cuidado  
para que no ardas en el fuego eterno.  
Colócame entre los demonios  
y sepárame de tus amistades,  
situada estoy en tu contra.  
Refutados los pedacitos,

arrojados a las almas voraces,  
hazles llamar a los famélicos.  
Se lo ruego, a la suplicante de rodillas,  
la rabia a flor de piel, casi ardiendo:  
no mendigues a mi generosidad.  
Día de horrores será aquel renombrado día  
en que Susana buscará acto benévolo  
para nutrirse, de un alma caritativa.  
A ella, pues, perdónala Andrea,  
mujer de piedad y compasión,  
no desates tu ira.  
Amén.